

aquel que promete Dios al alma santayreçogida por Oseas, diciendo: «Yo le daré leche á mis pechos y llevaré á la soledad, (2) y le hablaré á su corazón?» conviene saber, cosas de gran suavidad y contentamiento, y le daré sus viñadores del mismo lugar, y el valle de Achor, que le abra los caminos de la esperanza, y allí cantará como cantaba en los dias de su mocedad y en el tiempo que salió de la tierra de Egipto. ¿Qué cantares son estos sino las alegrías y alabanzas del alma recién salida del mundo y que va ya creciendo en el amor y conocimiento de su Criador, que es el tiempo de la mocedad espiritual, cuando es más vehemente y más impetuoso el amor? Pues estos cantares se cantan en la soledad y en el valle de Achor, que quiere decir conturbación, por el cual es significada la humildad de la contrición, y aquí es donde primero le abren al alma los caminos de la esperanza y donde recibe el perdón de la culpa, y donde ella canta y alaba á su Criador; porque con tan poderosa y piadosa mano la perdonó y sacó del mundo. Este es el galardón con que paga nuestro Señor á los suyos el trabajo de su soledad.

Y no sólo para la oración, mas generalmente para toda virtud, ayuda en gran manera esta soledad, porque corta todas las ocasiones de pecados que se suelen hallar entre la compañía, especialmente los de la lengua, que son casi infinitos; (1) por donde con mucha razón aconseja Séneca que busque la soledad el que quiere guardar la inocencia.

ARTÍCULO VIII

DE LA OCTAVA COSA QUE AYUDA Á LA ORACIÓN QUE SON
LOS TIEMPOS DEPUTADOS PARA ELLA

Todas estas cosas, amable seminarista, que hasta aquí hemos dicho, principalmente sirven para la guarda del corazón, la cual no sólo ayuda á la pureza de la oración, sino generalmente á toda virtud. Mas las que al presente

(1) Osec., 214.—(2) In tragedia Hypoliti, n. 2. 2.

diremos más de cerca, sirven á esa misma devoción que aquí buscamos. Entre las cuales, la primera sea, que el eclesiástico tenga cada día sus tiempos y horas señalados para llegarse á la oración y tratar y conversar allí un rato á solas con Dios. Así lo hacía el profeta Daniel, (1) de quien, dice la Escritura, que tres veces al día, hincadas las rodillas y abiertas las ventanas de su palacio hacia la parte de Jerusalén, hacía oración á Dios. Así lo hacía también el santo rey David, el cual se levantaba á media noche y madrugaba por la mañana á alabar y contemplar á Dios, como el mismo confiesa en muchos Salmos. (2) Y en uno de ellos, dice, que siete veces al día se recogía á alabar á Dios, de donde la Iglesia tomó ocasión para señalar las siete horas canónicas, para alabar é invocar en ellas el nombre de Dios. De los primeros fieles que en la Iglesia hubo, escribe San Lucas, que toda la mañana perseveraban en el templo en oración, y á la tarde se volvían á sus casas, donde recibían la sagrada Comunión con alegría de corazón, y así andaban llenos de consolación del Espíritu Santo. Y de los que á éstos sucedieron, escribe Plinio al emperador Trajano, que era una gente que vivía sin vicios y sin ofensa de nadie, y que no tenían otro pecado más que levantarse muy de mañana y cantar himnos y alabanzas á honra de un hombre llamado Cristo, que había sido crucificado en Palestina; y generalmente se escribe de todos los Santos que la mayor parte de las vigiliass de la noche gastaban en ejercicios espirituales de oración, lección y contemplación, cumpliendo aquello del Salmo que dice: «En las noches levantad vuestras manos á cosas santas (3) y bendecid al Señor.» Y sobre todos estos ejemplos, del mismo Salvador y Señor nuestro (4), escriben los Evangelistas que el día gastaba en hacer milagros y discurrir por diversos lugares predicando, y la noche velaba, y perseveraba en oración.

Esto mismo aconseja San Jerónimo á una noble señora

(1) Dan. 7.—(2) Psal. 118.—(3) Psal. 133.—(4) Ioan. Luc. 6, Marc. 6.

llamada Celancia, en una epístola suya, por estas palabras: «De tal manera quiero que tengas cuidado de tu casa, que des también al alma su tiempo de oración y recogimiento. Y para esto será bien que tengas algún oratorio y lugar secreto que esté un poco apartado del ruido y estruendo de la familia, al cual te debes acoger como á un puerto quieto y libre de la tempestad de los cuidados y negocios del siglo, en el cual no haya otra cosa sino lección de la Escritura Sagrada y oración atenta y meditación profunda de las cosas advenideras, para que con esta santa ocupación puedas recompensar todas las ocupaciones de los otros tiempos y negocios.» Y no decimos esto para apartarte de los tuyos, sino antes para que ahí aprendas y sepas de que manera te hayas de haber con ellos.

Y si me preguntares cuántas veces al día te debes recoger para esto, no te sabré yo dar regla cierta, porque no tienen todos una misma oportunidad de tiempo y aparejo. Mas todavía te debes acordar, que son muy celebrados en la ley (3) aquellos dos principales sacrificios de cada día; conviene saber, el de la mañana y de la tarde, los cuales debe ofrecer espiritualmente todo fiel cristiano, recogién-dose en estos mismos tiempos para alabar é invocar en ellos el nombre del Señor. De manera, que, así como damos á este cuerpo su refección dos veces al día, que son comida y cena, así también es razón las demos á nuestra alma, pues ni ella es de menor dignidad que nuestro cuerpo, para que la hayamos de echar en olvido, ni tampoco tiene menor necesidad de este mantenimiento, sino por ventura mayor. Porque, así como el cuerpo tiene necesidad de su ordinario pasto y mantenimiento, porque el calor natural gasta siempre la sustancia del hombre y por esto conviene que se repare por una parte lo que se gasta por otra, así el alma tiene otro calor pestilencial, que es la codicia y mala inclinación de nuestro apetito, que siempre nos inclina á lo malo y nos gasta todo lo bueno, y por esto

(1) Exodo, 29.

conviene que se repare con la oración de cada día lo que con este dañoso calor siempre se gasta.

Asimismo, sabemos ya que la naturaleza humana quedó por el pecado tan maltratada y tan inclinada á las cosas de la tierra, que siempre tira para ellas, como dijo el Sabio: «El cuerpo que se corrompe (1), apesga el alma y la lleva tras sí, y esa morada terrena abate el sentido que piensa muchas cosas.» Pues por esto, así como los que rigen un reloj suelen comunmente dos veces al día subir las pesas á lo alto, porque ellas mismas, poco á poco, van siempre caminando para abajo, así los que quieren traer sus almas bien recogidas y concertadas, han menester á lo menos estas dos veces al día subir las pesas á lo alto, pues la naturaleza miserable tanto cuidado tiene de inclinarlas á lo bajo. ¡Oh, cuán claramente ven esto cada día los que se dan á la oración! Cuántas veces parece al hombre, acabada la oración de la mañana, que tiene ya las pesas del reloj subidas allá en el Cielo, y que allá tiene todo su entendimiento y voluntad, y como que pierde ya de vista todas las cosas de la tierra, y después que se mete en los negocios del día y comienza á tratar con hombres, cuando vuelve á la noche, halla ya las pesas en el suelo caídas, quiero decir, halla tan caído su espíritu y tan inclinado á la tierra, como si nunca de allí lo hubiera levantado.

Pues por esta causa el eclesiástico que quiere traer el reloj de su vida concertado, ha de tener siempre ese mismo cuidado de no abandonar su oración por los negocios de la vida.

ARTÍCULO IX

DE LA NOVENA COSA QUE AYUDA Á SER HOMBRES DE
ORACIÓN, QUE ES LA CONTINUIDAD
EN LOS BUENOS EJERCICIOS

Mas aquí es mucho de notar, venerable eclesiástico, que

(1) Sap 9.

para que los estos santos ejercicios sean provechosos, es menester que hay agrande continuación y perseverancia en ellós; por que hay algunos que nunca llevancosa seguida ni continuada, sino parece que siempre tejen y destejen la tela que dicen de Penélope. Los cuales toman á pechos este camino portres ó cuatro días, y luego aflojan y se descuidan en él, de tal manera, que cuando vuelven á lo que comenzaron, están ya tan fríos y tan remotos de ellos, como si nunca lo comenzaran ni supieran jamás qué cosa era oración. Y así vuelven á proponer de nuevo y trazar otra vez sus ejercicios, y después que han arribado algún tanto, ó por el cansacio de la subida, ó por parecerles que iban ya bien encaminados, tornan á asegurarse y descuidarse del trabajo, y así vuelven á comenzar como de primero, y en esto se les va la vida edificando y destruyendo y trastornando, como dicen, la piedra de Sisipho, que cuando la tenía medio subida al monte, luego se le volvía á caer, y así comenzaba de nuevo á trabajar por tornarla á subir.

Estos son los que por muy pequeñas ocasiones de negocios dejan sus oraciones y ejercicios virtuosos, á los cuales muchas veces acaece, que pensando dejar la oración por tres ó cuatro días la dejan por toda la vida; porque cuando quieren tornar á ella, no aciertan con la puerta y aun háceseles más dificultoso el camino, y así vuelven del todo á quedarse fuera y volverse á las costumbres de la vida pasada. Porque el el hombre sin oración y sin espirituales ejercicios, es como Sansón sin cabellos (1), que luego pierde las fuerzas y queda flaco y enfermo como los otros hombres, y así corre gran peligro de ser entregado en manos de sus enemigos.

Pues por esto conviene tener grande constancia en estos ejercicios, pues nos consta que del concierto de ellos depende el de toda nuestra vida. Mira la constancia que tienen aquellos cuerpos celestes en sus cursos y movimientos, los cuales nunca jamás han variado después que

(1) Iudic., 16.

fueron criados; porque como ellos eran las causas de dependía todo el gobierno de este mundo, convenía que en ellos hubiese grandísima constancia para que el mundo siempre anduviese concertado. Y pues de estos ejercicios espirituales depende todo el concierto de la vida espiritual, como la experiencia nos muestra, justo es que quien desea traer bien ordenada su vida, traiga bien ordenadas y regidas las causas de donde pende el concierto de ella.

Mira qué constancia tenía aquel santo profeta Daniel, pues ni por temor de la muerte, ni de la contradicción de sus adversarios, quiso faltar en el ordinario que tenía. De manera que más quiso exponerse á que le cortasen la cabeza que cortar el hilo de su oración. Pues así el buen eclesiástico debe tener por tan principal negocio el tratar y conversar con Dios en sus tiempos acostumbrados, que antes falte en todos los otros negocios que no fueren de Dios, que en este que el Señor tanto nos encomendó. Imite la prudencia natural de la serpiente que esconde la cabeza y pone el cuerpo á recibir el golpe, dejando perder y maltratar lo menos por poner cobro en lo más. Imite la prudencia (1) de aquel santo patriarca Jacob que, á la vuelta de Mesopotamia, cuando iba recibir á su hermano de quien tanto se temía, echó toda la hacienda delante, donde recelaba el mayor peligro; mas á Raquel y José, que eran las dos cosas más amadas, puso en el postrero y más seguro lugar, queriendo que que antes peligrase todo lo demás que aquellas dos cabezas que él tanto apreciaba. Pues dime tú ahora, venerable sacerdote, ¿qué cosa hay en el mundo que debas tanto apreciar como esta Raquel y José? ¿Quién es Raquel, sino la vida contemplativa, y quién José, sino el hijo espiritual que nace de ella, que es la inocencia y pureza de la vida? Pues este tesoro has de estimar en tanto, que pases por cualquier falta ó quiebra temporal antes que faltar en él.

Esta continuación y perseverancia, así en los ejercicios

(1) Math. 10, Vid. Aug. lib. 2, de doctrina christiana, c. 15. Vota Gene., 33.

de la oración como en el cuidado y concierto de la vida, dice San Buenaventura, que es la cosa del mundo que más presto hace llegar á la cumbre de la perfección: porque por poco camino que se ande cada día, si el caminante persevera en él, presto llega al cabo de la jornada. Mas si todo se le va en hacer paradillas, y torna á comenzar de nuevo, toda la vida se le pasará en esto sin llegar al fin de su camino.

Y si alguna vez se ofrecieren casos en que hayas de cortar este hilo por algunas cosas que en esta vida no se pueden escusar, sea de tal manera, que no pierdas de vista la guía que va adelante, porque no pierdas el tino de caminar. Y si alguna vez también cayeres y desfallecieres como flaco, no por esto desmayes ni pierdas el corazón ni la esperanza, y aunque mil veces al día caigas, mil veces procura levantarte y torna presto á atar tu hilo donde se quebró, porque de esta manera llegarás presto al cabo.

Y no sólo es menester que haya constancia en estos ejercicios, sino también en la manera de ellos; porque hay algunos que nunca faltan en este ordinario de cada día; pero cada día tienen sus acuerdos y consejos, y hoy toman un camino y mañana otro, y siempre andan mudando hitos sin tener constancia en ninguna cosa. Unas veces comienzan por la Pasión; otras déjanla y toman otras meditaciones y ejercicios; otras súbense al cielo, y dejada acá abajo la sagrada Humanidad, vánse á lo alto de la divinidad; otras dejan todo esto y comienzan otra vez por la memoria de los pecados, de manera, que nunca llevan cosa continuada ni seguida, y así nunca llegan al fin de la jornada, al que sin duda llegarían muy presto, si anduvieran siempre en un camino, aunque no fuera el más derecho. Y así acaece á estos como á los perros en la caza cuando saltan muchas liebres, que por acometer ya á una, ya á otra, no siguen ninguna hasta el cabo, y así quedan sin nada. Nunca nace la planta que muchas veces es trasplantada, ni se cura bien la herida donde se mudan cada día los remedios.

Pues como haya muchos y diversos caminos por donde el hombre pueda caminar á Dios y muchas maneras de consideraciones para levantar el espíritu á Él, mire cada uno cuál es la que más arma á su propósito y la que hace más á su gusto, y esa trabaje por llevar seguida, porque esa es la mejor para él. Mas guárdese de caer en el error de muchos, los cuales si por algún cierto camino de ejercicio hallaron á Dios, quieren que no haya otro sino sólo aquel; como quiera que los caminos para ir á Dios son muchos; porque el Espíritu Santo, que es la guía, á cada uno lleva por su camino, como Él ve que le conviene.

ARTÍCULO X

DE LA DÉCIMA COSA QUE AYUDA Á LA ORACIÓN, QUE SON LAS ASPEREZAS CORPORALES

Demás de esto, el trabajo y la aflicción corporal, que procede de la espiritual, como son ayunos, disciplinas, cilicios, vigiliias, mala cama y la pobre mesa ayudan en gran manera para alcanzar ser hombres de oración; lo uno, porque estos tales ejercicios son nutrimento de la oración y devoción, y unos como postes sobre que ella se sostiene; y lo otro, porque, como sea verdad que nuestro Señor da á cada uno la gracia, según se dispone para ella, aquel parece que se dispone más perfectamente que no sólo con el espíritu, sino también con el cuerpo, se esfuerza y trabaja por alcanzarla.

Para lo cual es de saber, que hay dos maneras de aparejos y disposiciones para alcanzar la gracia, una falsa y otra verdadera. La falsa es, cuando con solas palabras y deseos tibios busca el hombre á Dios sin verdadero y entrañable gemido del corazón. Y esta es la causa porque muchos buscan á Dios y no le hallan, piden y no alcanzan, y así toda la vida se les va en deseos, porque no le buscan con todo su corazón, como es menester que le busquen los que

le han de hallar según aquellas palabras del Profeta que dicen: «Hallarás á Dios cuando le buscares (1), si le buscares con todo tu corazón y con todo el quebrantamiento de tu alma.»

La segunda manera de disposición es esta que aquí significa el Profeta, que es cuando con verdadero y entrañable deseo y aflicción de corazón se busca á Dios, de la cual habla el mismo Dios por el profeta Joel (2) diciendo: «Convertíos á Mí con todo vuestro corazón, con ayunos, lloros y llantos, romped vuestros corazones y no vuestras vestiduras, y volved á vuestro Señor Dios.» En lo cual es de notar, que así como el mal que no se parece por de fuera en el rostro, ó no es verdadero mal ó es pequeño mal, así la aflicción interior del espíritu sino llega á afligir también el cuerpo no es verdadera aflicción ó no es grande aflicción. Pues es el eclesiástico que de esta manera busca á Dios, tenga por cierto que no se le esconderá. Así le buscaron (3) los Ninivitas cuando ayunaron y lloraron, y se vistieron de sacos, y así le hallaron. Así le buscó el Profeta Daniel (4), como él mismo lo escribe de sí, diciendo: «En aquellos días yo, Daniel, lloraba á la continua por espacio de tres semanas, y en todo este tiempo no comí pan que bien me supiese ni carne ni vino entraron en mi boca, ni tampoco me unguí con unguento por espacio de todos estos días. Los cuales acabados, dice que le apareció un ángel en una figura maravillosa y espantable; según que allí relata, y entre otras palabras que le dijo, fueron éstas. «No temas, Daniel, porque desde el primer día que inclinaste tu corazón á la inteligencia de los misterios divinos, y te comenzaste á afligir en presencia de tu Dios, fué oída tu oración, y por ello soy venido á enseñarte lo que deseas.» Mira cuán abiertamente se nos da aquí á entender lo que puede la devota oración, cuando es acompañada de corporal aflicción.

De aquella santa pecadora (5), leemos en el Evangelio,

(1) Deut., 4.—(2) Joel, 2.—(3) Joan. 3.—(4) Dan., 10.—(5) Ioan., 20.—

que buscaba con lágrimas al Salvador en el sepulcro, y por esto mereció, primero que todos, gozar de su presencia, porque lo buscaba con mayor angustia. Mas, ¿qué digo de estas lágrimas piadosas? pues el cilicio de aquel perverso rey Acab (1) bastó para inclinar aquellos ojos divinos, y para hacer revocar ó dilatar la sentencia que estaba dada contra él. Finalmente, todas cuantas veces la Escritura dice que los hijos de Israel se afligieron, ayunaron y clamaron á Dios, siempre dice que fueron oídos y amparados por Él.

Por lo cual, todo se ve claro cuán principal medio sea éste para hallar á Dios. Para cuya confirmación, no dejaré de decir lo que escribe San Buenaventura acerca de esto en el libro de las *Meditaciones de la vida de Cristo*. Cuenta él allí, que como una vez apareciese Nuestra Señora á la bienaventurada Santa Isabel, la Viuda, entre otras palabras que le dijo, fué ésta una: «Ten por cierto, hija, que ninguna gracia comunmente descende en el alma sino es por medio de la oración y de la aflicción y trabajo corporal.»

Y como haya muchas maneras de trabajos y aflicciones piadosas, aquellas son muy agradables á Dios, y muy convenientes para alcanzar su gracia, que proceden de la pena grande que el alma recibe por haber ofendido á aquella suma Bondad, y el deseo entrañable de su gracia. Estas tales lágrimas y aflicciones que nacen de verdadera caridad y humildad, son las que más á Él agradan, como lo significó el profeta Baruc, cuando dijo (2): «No los muertos que están en el infierno, cuyo espíritu es recibido en las entrañas de la tierra, honran y santifican al Señor, sino el alma que anda triste por la grandeza de sus pecados, y derribada y enferma y con ojos enflaquecidos y llorosos; ésta es la que da honra y santidad al Señor.» No suelen sufrir aquellas piadosas y paternales entrañas, ver andar un alma de esta manera por su amor desconsolada, sin acudirle

(1) 3. Reg., 21.—(2) Baruc., 2, Psal. 113.

muy presto con grandes y maravillosas consolaciones. Cuando la madre ve que el niño llora, no le sufre el corazón dejarle mucho tiempo estar llorando, sino luego le da lo que pide, porque lo pide con lágrimas. Pues, ¿qué hará aquel que claramente, por Isaías, se nos ofrece con entrañas más que de madre, diciendo (2): «Si la madre se olvidare de su hijo, Yo no me olvidaré de tí,» ¿qué hará sino abrir los pechos de su gracia, y seno de su misericordia, y cumplir aquello que el mismo dijo por este profeta: «A mis pechos (3) seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré?»

De esta manera, pues, venerable eclesiástico, hemos de buscar la divina gracia; que si así la buscamos, tengamos por cierto que la hallaremos. Así lo promete muchas veces Salomón en los *Proverbios* (4), como cuando dice que los que madrugaren, velaren y perseveraren á las puertas de la Sabiduría, finalmente la hallarán; dando á entender que el que quisiere hallar de veras, ha de buscar de veras; y de esta manera busca el que no solamente busca con deseos del espíritu, sino también con trabajos y aflicciones del cuerpo. Mas todo esto ha de ir acompañado con prudencia y discreción.

ARTÍCULO XI

DE LA UNDÉCIMA COSA QUE AYUDA Á SER HOMBRES DE ORACIÓN, QUE ES UN BUEN DIRECTOR

Bien es verdad que Dios puede por sí mismo dirigir las almas al bien como dirigió al Profeta Moisés en sus caminos y al Bautista en el desierto; sin embargo, por cuanto es ley muy ordinaria mover unas causas por otras, por cuanto gusta ver honrados los suyos, que lo sean por caridad ó por ministerio, por acostumar á sus siervos á la sujeción y humildad, ha establecido en la Iglesia santa un

(1) Isai., 49.—(2) Isai., 66.—(3) Prov., 8.

magisterio revestido de todos los poderes como representante de Aquél de quien dijo el Padre (1): «Este es mi Hijo muy amado, escuchadle....» En virtud de lo cual, añadió el Salvador en el Evangelio (2): «Yo soy el camino, la verdad y la vida, y el que me sigue no anda en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida.» Y hablando concretamente de los maestros, doctores y guías, decía (3): «Quien á vosotros oye, á Mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á Mí me desprecia.» En representación de todo lo cual, cuando quiso Tobías hacer un viaje, bajó un ángel del cielo que fué delante enseñándole el camino y guiándole, y volviéndole sano á la casa de su padre.

Por esta providencia debemos entender que al comenzar nosotros el camino de la salvación y de la virtud, recibimos un ángel que es nuestro director, el cual nos señalará el camino y nos guiará y volverá á la casa de nuestro Padre celestial. Dios, sólo en casos determinados y extraordinarios, para probar al mundo que de Él originariamente viene toda potestad y dirección, toma por su cuenta la dirección de alguna alma. Si queremos una prueba decisiva, recordemos qué tal guió el Señor á los Reyes Magos: mientras éstos no tuvieron á quien acudir, sólo una estrella y el movimiento é ilustración interior del Espíritu Santo fué su guía y conductor; mas desde el momento que penetran en Jerusalén, donde estaban los escribas y doctores de la ley, desaparece la estrella y les obliga á consultar con los sabios y con los guías de Israel; los cuales efectivamente descubren el sentido de las Escrituras y mostraron el lugar del nacimiento del Salvador. Así cosa parecida aconteció en la conversión y apostolado de San Pablo. De repente el mismo Señor habla á Saulo, el cual despreciaría cualquier otra palabra que no fuese la de Dios; mas muy luego le prescribe que se aviste y aconseje de Ananías, y más tarde de los demás apóstoles.

Pues sí esto así sucede en estos hombres extraordina-

(1) Math., 17.—(2) Joann., 14, 6.—(3) Luc., 10, 16.

rios, ¿qué debemos hacer nosotros que no podemos presumir de semejante extraordinaria intervención? De aquí que todos los Santos tanto recomienden el estado de sujeción y de obediencia como el más conforme á la providencia de Dios y á la humildad de los siervos del Señor.

¿Cómo sería verdad, si esto así no fuera, que el camino de la obediencia es el camino más seguro, más tranquilo y más aprovechado? ¿No dice el Señor que la obediencia cantará victorias, y que es mejor la obediencia que las víctimas? ¿No se sabe de muchos, al parecer grandes santos, que, por salirse á los desiertos á buscar una dirección inmediata, perdiéronse por su presunción? Abandonaron los caminos de la obediencia que el Señor les daba con mayor seguridad y mayor mérito, y de aquí que se extraviaron abandonados á sí mismos.

Y si esto sucede en la vía ordinaria de la virtud, ¿qué será en la dificultad de ciertos peligros, en las emboscadas de nuestros enemigos y en los desmayos de nuestras flaquezas? El camino de la virtud es demasiado obscuro en ciertos momentos para no necesitar de luz, y demasiado penoso para despreciar el apoyo de un buen guía y director. Y sobre todo, ¿quién hay bastante fuerte para sobreponerse á las propias inclinaciones y para desmentir con hechos aquella palabra del Señor: «Que vemos la paja en el ojo ajeno y no reparamos la viga en el propio?» Nuestra naturaleza viciada en su nacimiento es mala consejera en la mayor parte de los casos.

Elijamos, pues, un sabio y prudente director que nos conduzca como ángel del Señor, sin movernos nosotros ni á la derecha ni á la izquierda del paso que él nos marque.

Confiémosle los secretos de nuestra alma como al mejor amigo, sigamos sus consejos, y así mereceremos las protecciones de Dios y alientos grandes en los caminos del bien.



CAPITULO V.

DE LAS COSAS QUE IMPIDEN DE SER HOMBRES
DE ORACIÓN

ARTÍCULO I

DEL PRIMER IMPEDIMENTO, QUE SON LOS PECADOS
VENIALES

Vistas las cosas que favorecen, veamos cuales sean las que impiden la oración, entre las cuales es la primera y más principal el impedimento de los pecados veniales; porque á éstos pertenece propiamente resfriar el fervor de la caridad, y así también el espíritu de oración. De manera que aunque no quitan del todo la caridad, quítanla las alas con que vuela; y aunque no matan el alma, debilitan las fuerzas y buena disposición con que ella obra, y déjanla flaca y pesada para todo bien.

Y por esto el buen eclesiástico ha de traer pleito perpetuo contra este linaje de culpas, las cuales aunque parecen pequeñas, él no las debe tener por tales, pues que Dios se las prohíbe; porque dice muy bien San Jerónimo: «El siervo de Dios no ha de mirar lo que le manda, sino quién se lo manda, que es Dios; y pues es cierto que no hay Dios pequeño, no ha de tener mandamiento ninguno por pequeño, aunque entre ellos haya su diferencia, especialmente sabiendo que de una palabra ociosa habemos de dar